

CONFIDENCIAS A LA MISTERIOSA ESTATUA

HE aquí a Carlos Alberto Erro junto a la misteriosa estatua que Amorim custodia sagradamente en su casa. No es necesario ser mago, arúspice o vidente para adivinar lo que Erro piensa. He aquí develado su pensamiento: ¿Por qué me gustaba aquella muchacha de partido cabello oscuro y ojos victoriosos, que ignoraba a Shakespeare, pero que cuando nombraba las estrellas, los parques, las ciudades, parecía suscitarlas con su palabra, y sacudir de júbilo



Alberto Erro

el contorno? ¿Y aquella otra, temerosa y esquiva, a quien hacía palidecer el resplandor intenso de las lámparas? ¿Y Laura, una permanente inclinación sobre los resquicios vacilantes de nuestro espíritu, un desafío y una sonrisa? ¿Y Berta, la de certero pensar, tramo de claridad y de descanso, el dominio, la medida, la marcha imperturbable hacia un objeto reflexivamente madurado, en cuya compañía el mundo parecía descargarse de sombras y los caminos emerger rectos, inconfundibles, en lontananza? ¡Y tantas! ¿Por qué?